Reflexiones sobre el Amor

Por RAMON J. SENDER
Escritor

Señores:

No nos gusta a los hombres, por lo general, reflexionar sobre las cosas que tienen en sí mismas su razón de ser y su finalidad, y nada hay que quede más realizado y finalizado en sí mismo que el amor, simple y maravilloso, mucho más que cualquier otro fenómeno de los que tienen por base la necesidad física y la delicia de los sentidos. Pero tanto se ha escrito y se ha soñado en torno al amor, y tanto se le ha desviado de la saludable sencillez de los instintos, que ningún hombre podrá pasar por la vida sin tratar de comprender la cuestión por sí mismo y de hacerse una teoría para su uso. Porque no se trata sólo de los instintos. En torno a lo físico y sensual existe una zona cuyos límites se desconocen, una zona de voluptuosidades que enlaza el sexo con el espíritu. Y todavía, por encima o por debajo de esa zona de influencia directa y comprobable del sexo, hay otra en la que a veces aparecen fenómenos eróticos independientes de la materia: el espíritu puro y los mitos sexuales que ha dejado en las religiones. El amor comienza en el instinto sexual y nadie sabe dónde termina. Aunque yo, como cada cual, he construido mi pequeño repertorio de nociones concretas, lo cierto es que en la actual civilización las ideas sobre el amor constituyen un verdadero caos. Bastará con que analicemos a nuestro modo el amor tal como lo conocemos y entendemos en la sociedad civilizada que nos rodea. Un amor verdaderamente difícil de analizar y de fijar, ya que por un lado se revela a todos los animales, lo mismo que al hombre, como una función mecánica, y por otro es la base de las teogonías y las teologías en todos los tiempos.

A través de la literatura y de la filosofía encontramos afirmaciones sobre el amor que sólo revelan la posición subjetiva del que opina. Unas veces es un poeta. Por lo general, el poeta que habla de amor no hace sino cantar su propia embriaguez. Otras, un filósofo que dice cosas de-

masiado generales cayendo invariablemente del lado del poeta o del lado del biólogo. No deja de ser una reacción de poeta—si queréis, satírico—aquello de Sócrates de que "el amante ama a su querida como el lobo al cordero". Y Spinoza entra en lo biológico cuando dice: "El amor es un engrandecimiento del ser". Claro es que el amor plenamente desarrollado determina, según dicen los sabios, la madurez de un instinto, y esa madurez, la sensación de completación de un ser. Pero si comenzamos a citar autores nos haremos muy profusos. Sólo con uno de ellos—con Freud—, sus rectificadores, apologistas y detractores han llenado más de un centenar de tomos.

Los psicólogos modernos huyen ya de la generalización del psicoanálisis, y se limitan a anotar fenómenos comprobables y a ir formando la cadena de experiencias que permita fijar un día todos los fenómenos específicos del amor. Para llegar a una conclusión satisfactoria, mi opinión es que esa cadena debe comenzar por el instinto y desconocer al espíritu o tratarlo como una consecuencia morbosa de lo biológico. La anulación, o por lo menos la represión, del instinto por superposición, no de reflexiones morales, sino de fórmulas religiosas o sociales indiscutibles. Para mí, en esa cuestión tan ligeramente enunciada está todo el problema. En rehacer el amor por la base, por el instinto. Es necesario reivindicar para los instintos su preeminencia natural, estudiar el amor partiendo del sexo. Yo he llegado a la conclusión de que todas las complicaciones del amor, las prolongaciones supersticiosas, la lírica amorosa a base de la muerte, etc., etc., están en esa facultad de creación autónoma del espíritu que se impone o se trata de imponer a los instintos. Eso responde a un atavismo religioso. Representa una modalidad de la fe remota en la facultad de crear de la nada. De un espíritu puede salir un mito que se imponga a la materia. Si seguimos por ahí encontraremos pronto al espíritu puro, sin origen ni fin, creador del mundo. Si para salvar al mundo hay necesidad de reconstruirlo por la base, y de eso tratan algunas doctrinas filosóficas, por ejemplo, el materialismo dialéctico, para salvar muy en especial al hombre y a la mujer en el amor, hay que reconstruir el amor también por la base, o sea por el sexo. Quizá esto no sea sino un pequeño aspecto del sistema total materialista; pero en el mundo burgués, el amor lo ha complicado mucho más que la economía. Llamarse materialista en amor, tal como el amor está hoy, es muy poco. Sin embargo, los primeros términos de la cuestión pueden ser muy parecidos. En el sistema general y en esto del amor, hay que comenzar destruyendo el falso universo erótico, lleno de residuos de espiritualismo y de religión. La fusión entre el sentimiento

religioso y el erótico sabemos que está comprobada. La ciencia ha determinado el éxtasis religioso con fenómenos de autoerotismo y reflejos sexuales logrados.

Al lado de ese amor ultratelúrico que tiene su cópula en la comunión, tenemos el mecánico amor de los sentidos entre dos seres que se atraen sin conocerse. Y en cada individuo ejemplos distintos, con gradaciones muy diversas. Como nosotros no vamos a definir ni a investigar, sino simplemente a reflexionar sobre las propias experiencias y las que al alcance de nuestra observación se han desarrollado, nos limitaremos a presentar nuestros puntos de vista, en primer lugar sobre el papel del espíritu en el amor. Del espíritu en pueblos como el español. Aquí el espíritu es una cosa y en Inglaterra otra. Entre los indígenas del Beluchistán, otra muy diferente, aunque no tanto del espíritu español como del inglés. Puede que allí pase con el amor algo parecido a lo que sucede en el barrio de Santa Cruz, de Sevilla, o en las tenerías de Córdoba.

En primer lugar, la separación total del espíritu y los instintos entre sí es un hecho que la psicología moderna reconoce. Por ahí fuera, en países doctos en psicología, consideran esa separación sostenida y acentuada como una determinante de neurosis. Si de ahí salen enfermedades puede decirse que en nuestro país esas enfermedades vienen teniendo carácter epidémico. España lleva su cultura moral unida a la tradición religiosa, y la comprobación la ofrece el carácter del individuo español, educado, por lo general—especialmente en las clases alta y media—, en la fe cristiana y en la Iglesia católica. La educación de las clases pudientes españolas en los primeros años, cuando debiera comenzar a plasmarse el carácter, es una educación simplemente restrictiva. Con ese género de educación que se limita a oponer una valla infranqueable a los instintos, la formación del carácter, o sea la aptitud de convivencia que se produce por la armonía de la potencia instintiva y su realización, está llena de dificultades. Los psicólogos llaman a los primeros movimientos de repliegue de los instintos en lucha fenómenos de alienación. Pero la alienación del instinto sólo se produce por completo cuando el hombre percibe sus instintos como cosa ajena, proyectada fuera de su personalidad moral. Y este fenómeno y esta personalidad la crean ya en la infancia a base del espíritu religioso. El niño, al saber que si hace tal cosa irá al infierno, donde lo abrasarán vivo, reprime violentamente sus instintos. El espíritu ha comenzado a formarse como una excrecencia moral monstruosa, en primer lugar por la noción de eternidad que es ajena a la naturaleza instintiva y que hace comprender al niño, por alusiones, ejemplos y parábolas. El niño cree ya en un

sufrimiento o una felicidad eternos, desconfía de sus instintos, va convirtiéndose en un vigilante inquieto y a veces atormentado de sus inclinaciones naturales. Ese procedimiento, pedagógicamente monstruoso, no sólo dificulta la formación del carácter que por sí solo el niño iría alcanzando, sino que en muchos casos la imposibilita, creando en su lugar una especie de congestión espiritual que puede hacer de él un anormal para toda su vida. De estos movimientos primeros del instinto en relación con la influencia religiosa o la moral burguesa comienza a surgir la dualidad del yo, que en muchas personas se desarrolla después increíblemente. El niño todavía no llegado a la edad en que suele tener conciencia mecánica de sus actos, sabe ya que tiene que luchar dentro de sí mismo entre dos tendencias contrarias. Sus educadores dan a esas tendencias los mismos nombres que en las religiones orientales les daban hace cuatro mil años: espíritu y materia. A los niños les ofrecen estas nociones sirviéndose de imágenes muy plásticas: el ángel y el diablo.

La influencia del espíritu religioso en el amor hay que examinarla desde la infancia. Es una tendencia bastante generalizada esa de atribuir a los niños "una inclinación al mal", sin pararse a ver de dónde proviene y a qué fines tiende. Establecido ese principio, los padres y maestros, en lugar de encauzar los instintos infantiles sin reprimirlos, se dedican a desarrollar el espíritu del niño apelando a todos los recursos: sentimentalismo, ensueño supersticioso. Y a imágenes plásticas que a veces son—como en el caso del "ángel de la guarda"—proyecciones de la propia individualidad, que determinan el comienzo de un dualismo y lucha interior peligrosos para la formación del carácter. Se dice a los niños que el ángel de la guarda les sigue como la sombra al cuerpo, que los vigila y apunta sus pecados. Al mismo tiempo se mezcla con el ángel de la guarda la invocación de la conciencia, el miedo a la voz de la conciencia, con lo cual se da a la imagen del ángel una doble arma moral contra el individuo: la eternidad llena de amenazas y la vida terrena llena de remordimientos. Podemos observar que estos y otros muchos ejemplos de represión encaminados al mismo fin los padecen, en la mayor parte de los casos, niños que todavía no han cumplido siete años. El ángel de la guarda, proyección inevitable e inseparable de uno mismo, es el núcleo del espíritu que ha de desarrollarse a lo largo de la vida y que va ya señalado por dos estigmas: la alienación de los instintos y el ensueño supersticioso.

Estos fenómenos de la infancia, sobre todo en países donde la infancia está en manos de la religión, tienen una gran importancia. Se dirá

que hay niños fuertes que reaccionan saludablemente, o que en la adolescencia se salvan de esas influencias; pero es preciso recordar que el niño cree todo lo que le dicen, y con los elementos de discernimiento que le dan los mayores trata de abarcar y comprender todos los fenómenos de la vida. Esa labor, aunque no produzca efectos definitivos en las creencias del individuo, ha creado por lo menos un hábito de raciocinio con su estilo especial. El núcleo del espíritu supersticioso creado en la infancia se sirve de ese hábito para seguir desarrollándose. Además, los padres, los educadores, que tan poca traza se dan a veces para desenvolverse entre sus iguales, tienen para con el niño un sentido de corrupción espiritualista y religiosa muy agudo y espontáneo. El que no llega ya muy niño a la alienación definitiva de sus instintos con estos elementos de represión, presentados además con toda la riqueza sensual del rito católico, se puede asegurar que tendrá una potencialidad instintiva muy fuerte. Pero ni siquiera ése se salva del espíritu con facultades autóctonas, que a partir de aquel remoto núcleo religioso se irá desarrollando y plasmando. Maurice de Fleury presenta experiencias de anormales del amor, que llama "enamorados transidos". En el examen atento de sus descripciones hemos visto que algunos de ellos, faltos de fe religiosa, tenían, sin embargo, tendencia atávica a tomar gravemente, religiosamente, todas las cosas. Relacionaban su amor con la divinidad; a su amada, con las imágenes del culto, y su emotividad se apagaba en el lecho nupcial, y, sin embargo, se excitaba hasta derramar lágrimas en el templo con la magnificencia de los oficios religiosos, el latín de las viejas oraciones, los cánticos infantiles o femeninos, el perfume del incienso y el olor de los cirios apagados. Esos casos son o pueden ser, mejor estudiados, una buena comprobación.

Yo no me atrevería a generalizar demasiado; pero entiendo que a través de toda la cultura de Occidente, de la vida intelectual que yo he conocido a mi alrededor, de los casos de vida sentimental sobrecargada de imaginación, y de los fenómenos agudos de la personalidad y de congestión de la psiquis, aparece siempre el núcleo matriz, de carácter religioso. Al hablar del "amor espiritual" o de las complicaciones metafísicas del sencillo amor de los instintos es conveniente recordar esos hechos y ver la parte que tienen en las más graves anomalías. Desde luego, yo me atrevo a señalar las siguientes evidencias en la seguridad de no decir nada nuevo: la educación religiosa da al individuo un espíritu capaz de actuar con estímulos propios, antivitales, al margen de los instintos y contra ellos. Ese espíritu se forma en la primera infancia como una conciencia ajena y despegada. Su imagen es el ángel de la

guarda. Al llegar la edad en que el niño rechaza la existencia de ese ser, el espíritu se ha adueñado del individuo y lo que se proyecta fuera de él ya no es el ángel de la guarda, sino los instintos. Antes los místicos personificaban los instintos con una imagen que era la contrafigura del ángel de la guarda: el diablo. Los primeros deseos de la adolescencia eran labor del demonio, o sea de los instintos proyectados fuera del ser físico y hasta la conciencia moral. Todavía hoy se utiliza ese truco. El individuo—y no sólo el místico de entonces, sino muchos de los jóvenes, hombres o mujeres de ahora—rechaza en su primera juventud el amor sexual; lo considera vergonzante. En los primeros años de pubertad, el sexo y sus apetencias son inconfesables. Andan por medio el demonio, el ángel de la guarda o los terribles postulados de la dignidad y de la moral social. Al mismo tiempo, en la lucha feroz del espíritu con los instintos, el espíritu no tiene más remedio que hacer concesiones y los muchachos sienten pasiones espirituales tormentosas con compañeros del mismo o de otro sexo, en las cuales la carne y el sexo no intervienen para nada. El instinto se defiende como puede. Muchos casos de homosexualidad se han producido en individuos perfectamente viriles por las dificultades del desarrollo normal de los instintos, creada por la congestión de la psiquis bajo la más o menos remota, pero indudable, influencia del espíritu religioso.

Entiéndase que no limitamos estas observaciones a los casos de personas educadas religiosamente, sino que tratan de referirse también a las que educadas en un ambiente liberal y a veces laico llevan un porcentaje considerable de espíritu religioso que toma forma distinta y que produce fenómenos diferentes, pero de fondo místico: por ejemplo, la emotividad artística llevada al éxtasis, la divinización de la sensibilidad poética, musical, y su culto íntimo, que producen a veces agudas neurosis. Un individuo en esas condiciones, por muy ateo que sea, se conducirá en muchos momentos de expansión libre del instinto bajo la influencia del espíritu religioso. Los casos de emotividad enfermiza, de neurosis precoz en la infancia y la adolescencia que a veces determinan la incapacidad física para el amor, parten en muchos casos, en todos los casos quizá, de esa congestión religiosa de la "psiquis". Pero el instinto no fracasa por completo jamás. Busca por un camino u otro su desarrollo más o menos perfecto hasta que llega la decadencia y la muerte. Se resigna a veces a la represión, pero busca compensaciones. La vida religiosa no es la negación de ese instinto, sino una especie de contraafirmación. Sólo puede triunfar a medias. El ritual está lleno de expresiones amorosas, que los individuos cuyos instintos han sido desviados

y contrahechos desde la infancia usan con delectación. Al amor espiritual que allí es posible hasta la alucinación y el "trance" se une el placer físico del masoquista, que se golpea el pecho o se macera las rodillas contra el suelo, y el del sádico, que contempla con ojos de piedad o de voluptuosidad—a veces es lo mismo—el cuerpo desnudo y lacerado de Jesús o la expresión desolada de la Dolorosa con los siete puñales en el corazón. Todo esto, unido a la luz coloreada de las vidrieras, las voces del coro, la música del órgano de calidades muy sensuales: la penumbra, el simbolismo erótico—consagración de las vírgenes a la primavera en las "flores de mayo"—, comunión con la carne y la sangre de un dios y tantos otros, pueden recoger el flúido erótico de un instinto reprimido o desviado. En las personas muy influídas por el espíritu religioso desde jóvenes no es rara la indiferencia por la mujer, a la que dejan una discreta libertad mientras se entregan con fruición al erotismo religioso y místico de los templos.

Los efectos de esta congestión de lo espiritual sobre el individuo son bastante parecidos a los efectos de las drogas heroicas. No es una casualidad, por otra parte, que después de una catástrofe erótica, de un fracaso amoroso muy sensible, las mujeres intensifiquen su vida religiosa, mientras los hombres resuelven su neurosis con alcohol, morfina o cocaína. Claro es que las dos soluciones pueden darse indistintamente en uno u otro sexo. En realidad, esos riesgos los padecen casi todos los hombres y las mujeres de educación y de cultura espiritualistas. Tengamos en cuenta que ese género de educación y de cultura representa el primer plano de la civilización de Occidente, el más elevado y el más extendido. Son muy pocos los hombres que se han librado del ensueño, y todos aprendieron a soñar bajo la obsesión religiosa del dios-hombre. Este es otro aspecto. En esas condiciones el amor que comienza por el espíritu es un proceso religioso de autoadoración. Es ni más ni menos que el mismo ensueño del hombre-dios. Los unos—los más débiles—se sienten dioses y exigen la adoración. Los otros la divinizan a ella y se sienten en ella—en su corazón—dioses. Hemos dicho que esto sucede cuando el amor comienza por el espíritu; es una creación del "espíritu puro", un reflejo simplemente religioso. Pero mirándolo bien, tal como están organizadas las relaciones de los sexos, ¿cuándo no comienza así? Claro está que es muy frecuente el deseo fulminante, eso que llaman "el flechazo". Pero el espíritu se apodera en seguida de ese impulso que no se puede satisfacer fácilmente y lo hace suyo, lo destruye y lo vuelve a elaborar con elementos propios.

Las dificultades de todo orden que en la actual sociedad demoran,

complican y a veces hasta imposibilitan la posesión recíproca de los amantes, hacen que el primer impulso sea rectificado y reconstruído por el espíritu, y que estas calidades nuevas adquieran durante el noviazgo un valor mucho mayor que la simple atracción de los instintos. A veces ése es el comienzo de una neurosis. En la lucha de ese espíritu de origen religioso—y de fin también religioso—con los instintos pueden surgir accidentes fortuitos graves—por ejemplo, la noticia de que uno de los amantes resuelve su vida sexual con una tercera persona—, determinando el suicidio del que se considera engañado, caso probable de anulación de un instinto tan poderoso como el de conservación por el espíritu, que ha dado una categoría religiosa a la fidelidad, y divina a la satisfacción erótica. Otra prueba de la facilidad con que aun las personas aparentemente más alejadas de la vida religiosa caen en el atavismo del espíritu divino, incorporado ya en algunos casos a lo subconsciente, es la relación constante que en la lírica del erotismo encontramos entre el amor y la muerte. La muerte, inspiradora de todas las religiones conocidas hasta hoy, va muy a gusto del brazo del amor. Julieta se mata por amor. Muere también Romeo. Un fraile les administra la eternidad del amor en el panteón. Melibea se suicida, después de morir Calixto. Margarita muere por el amor, y luego Dios la salva precisamente por el amor. Werther se suicida por el amor de Carlota, y complica su suicidio con reflexiones religiosas, como los héroes de todas las grandes epopeyas eróticas. Con el espíritu—burgués, religioso, sagrado—dominando los instintos, sustituyendo las simples funciones del carácter, resulta que el amor tal como se conoce, lo que se entiende generalmente por amor en los pueblos civilizados de Occidente, es una verdadera enfermedad. Los amantes más normales que no buscan la deificación propia ni la de ella, se limitan a idealizar hacia lo divino el amor en abstracto, como una facultad y una capacidad de evasión. Eso es lo mismo. También allí se da el atavismo espiritualista de orden religioso, aunque ellos, que se consideran seres equilibrados y normales que a veces tienen una gran indiferencia para las cuestiones religiosas, lo nieguen.

Pero entonces—se nos dirá—, ¿cuál es el amor verdadero, el amor sin contaminaciones religiosas, sin desviaciones patológicas? ¿Cuál es el amor que no actúa sobre el individuo como un estupefaciente y que no representa una enfermedad? Para encontrarlo hay que volver al instinto. No a los sentidos, sino al instinto, que es diferente. El halago de los sentidos conduce al libertinaje y el instinto rechaza el libertinaje. Los amantes pueden observar que la vida sexual no está lograda mientras el instinto genésico no se satisface normalmente, plenamente. Los

sentidos pueden percibir el placer con mayor intensidad que en el acto de la posesión recíproca con prácticas viciosas. Los amantes no deben olvidar, sin embargo, que una relación sexual viciosa acabará por separarles. El instinto tiene su moral y obliga a que se cumpla, bajo severas penas. El instinto triunfa casi siempre. Su derrota suele costar muy cara al hombre. Cuando se combate la sensualidad se tiene razón en muchos casos. Pero no se les puede dar, porque los que la combaten suelen abogar por el espíritu al mismo tiempo contra los sentidos y contra el instinto. Confunden las cosas. Por el cultivo de la sensualidad, la delicia de los sentidos en libertad, se va al libertinaje desenfrenado. Pero contra eso no es el mejor remedio la moral espiritualista que se limita a complicar metafísicamente el libertinaje, y, por lo tanto, a aumentarlo, sino el restablecimiento del instinto genésico como guía y motor únicos.

El instinto tiene mucho más desarrollados los recursos auxiliares en el hombre que en la mujer. El hombre, por naturaleza, debe conquistar a la mujer y poseerla. Para la conquista necesita desarrollar todo género de medios de facilitación. Busca la mujer como un fin. El instinto no es probablemente el mismo en el hombre que en la mujer. Puede que la diferencia se pudiera señalar llamando incorrectamente al instinto masculino erótico, y al femenino, genésico. El hombre busca a la mujer. La mujer busca, en cambio, el hijo. El hombre no piensa en el hijo sino cuando lo ve crecer y advierte en él reflejos de su propio carácter. Y aun así no se entrega con delicia a la idea de la paternidad sino cuando, por una razón u otra, y casi siempre sin verdadero motivo, se siente socialmente fracasado. A los cuarenta años constituyen mayoría los hombres que quisieran ser otra cosa de lo que son y hacer otras cosas que no han hecho. Entonces pueden llegar a sentir la compensación dentro del hogar como perfectos machos jefes de abundante prole. Y tienen razón, porque el desarrollo perfecto de los instintos en su florecimiento, en su madurez y en su decadencia es la mayor gloria a que puede aspirar un hombre. La lucha por los hijos, su protección y orientación les llena ya la vida hasta el fin. Observemos que la mayor parte de los hombres geniales carecen de prole. Y que no pocos jefes políticos que están dominados por una ambición de autoridad social, tampoco los tienen. De paso veamos asimismo que muchos de ellos ofrecen en su vida ejemplos de desviación de los instintos. Esto sería tema para divagar por otros caminos no menos frondosos y extensos; pero volvamos al amor.

La mujer busca el hijo. Las condiciones económicas y morales de la sociedad que padecemos hacen que muchas mujeres perfectamente dota-

BIBLIOTECA NACIONAL

das por la Naturaleza y con el instinto en acecho y en ansiedad, no se entreguen al hombre que han elegido, y acepten, en cambio, antes que perder la posibilidad de ser madres y de realizar su misión, a otro cualquiera. Antes resisten cuanto pueden. Desarrollan sus recursos de coquetería para atraer al que les interesa, y a veces lo consiguen; pero no se entregan hasta que se cumplen trámites de orden social y económico que nada tienen que ver con el instinto. Esas circunstancias determinan una serie de pequeños accidentes. En la busca del futuro padre y en su conservación durante el noviazgo, la mujer invierte energías morales de todo género. A un novio sucede otro. La insatisfacción del instinto a lo largo de años y años, la lucha entre el deseo y la moral espiritualista de índole religiosa o social la llevan a acentuar la tendencia al ensueño, que a veces se produce en una forma de autoerotismo. Se pasa la juventud enloqueciendo a los hombres que la rodean, sin pudérseles entregar. Va poco a poco sintiendo el amor de sí misma a través del deseo de los demás, y termina muchas veces en la homosexualidad, con el odio o la indiferencia para el sexo contrario. El instinto ha sido reprimido en algunos casos para siempre, a menos que intervenga la ciencia, o que se produzca un encuentro fortuito con circunstancias especialmente propicias para que despierte y vuelva poco a poco a su fundamental papel. Estos casos de represión del instinto se producen inconscientemente al comenzar la pubertad—las pasiones espirituales, los amores ultratelúricos hasta más allá de la muerte entre individuos del mismo sexo—, y conscientemente hacia los treinta en casos de persistir la anomalía, con la consiguiente congestión de la psiquis. No citamos los fenómenos de la brillante agonía del instinto en los linderos de la vejez, porque suelen tener por causa complejos estudiados científicamente en la patología específica o en el psicoanálisis.

Algunos fenómenos que tienen por causa la desviación del instinto—la desviación no llega a lo patológico como la represión total—se pueden ofrecer, por ejemplo, en el caso de la esposa que no es madre y que al tropezar con esa anomalía elimina poco a poco de sus preocupaciones al marido. En cambio, la mujer cuyo instinto genésico se cumple con la fecundación, admira al padre durante el embarazo, le atribuye el éxito del parto feliz y le sigue admirando después en la belleza o en el talento del hijo. Otro caso de desarrollo defectuoso del instinto lo vemos a diario en los "viejos verdes" y en los solteros recalcitrantes que tienen varias queridas con una misión simplemente sensual. Un caso muy típico del hombre que desde la infancia ha conservado una dualidad del instinto erótico en relación con la idea del ángel y del demonio, del espíritu y la carne, etc., es el hombre de arraigadas creencias o, por lo menos, de personalidad social representativa, que ha resuelto la cuestión a medias con una esposa casta, honesta y pura como la Virgen María, a la que hay que adorar y no tocar, y la querida clandestina, a la que no concede otro fuero que el de la carne. Se habrá advertido que de todas esas desviaciones del instinto en relación con el espíritu religioso, que es su primera causa, y con las condiciones de la economía y de la moral social, surge esa plaga, irremediable en el régimen capitalista, de la prostitución. Pero estas condiciones sociales, en relación con el tiempo y, por lo tanto, pasajeras, son menos importantes que las del amor en sí mismo. El amor en el espacio. Ese amor que en el mundo civilizado de Occidente es una enfermedad o una droga heroica. Sueños, ideas delirantes, éxtasis, son las manifestaciones típicas de lo que se llama amor por ahí, en ese mundo que nos legaron.

Ya hemos dicho varias veces que hay que rehabilitar el instinto. Son muchos los hombres que viven en la armonía de los instintos, conducidos por el laborar consciente y la razón. Por no haber tenido principios religiosos y por no haberse asomado a la cultura—son por lo general obreros y campesinos, algunos analfabetos—, a la vieja cultura infestada de espiritualismo, viven en la verdad armoniosa de los instintos, unidos a mujeres de iguales condiciones, mujeres sin ensueños ociosos y sin supersticiones. Pero entre los intelectuales, los hombres de clase media y gran parte de la alta burguesía, el amor como enfermedad es una epidemia asoladora. Sus elementos patógenos—como dicen en Medicina—están en el espíritu. Actúan en medios favorables creados por la imaginación, la idealización, el ensueño. El espíritu, que es un residuo religioso, se nos infundió en la niñez con todo género de argucias. Es el enemigo natural del instinto. Los anacoretas iban al desarrollo de su espíritu por la represión de todos los instintos: el ayuno en el desierto, la soledad y la vigilia, la evasión hacia Dios, que es, en fin de cuentas, la realización imaginativa de todas las aspiraciones y de todas las ambiciones humanas fuera del libre juego de los instintos. Hoy siguen existiendo organizaciones de tipo religioso y filosófico, alguna de las cuales es motivo de especiales y muy atentos estudios en Alemania: los yoguis, del Extremo Oriente. La preparación que en esas sectas se requiere para iniciarse en el desarrollo de las propias fuerzas espirituales es la anulación paulatina de todos los instintos. Cuando la han alcanzado, los que resisten la prueba son verdaderas momias, con una vida mínima, vegetativa, y llegan a obtener grados distintos de sabiduría y fuerzas espirituales autónomas. Claro es que por ese procedimiento no

llegarán nunca a las síntesis de Einstein, obtenidas sencillamente dentro de la armonía y del perfecto desarrollo de los instintos. Lo que obtienen es alucinaciones proféticas, algún enfermizo fenómeno de telepatía, ensueños y parábolas. Ir a la verdad por parábola—que es como va el espíritu—cuando se puede ir en línea recta con el entendimiento y el laboratorio, resulta por lo menos, y en el mejor caso, ocioso y preciosista. Los yoguis dicen que es preferible no iniciarse en las prácticas de espiritualización y sublimación hasta que el instinto erótico se ha apagado por completo. La espiritualización y sublimación de los yoguis tiene carácter religioso, como en escala mucho menor la de los novicios antes de profesar en los conventos. Pero esa sublimación no se puede separar en modo alguno de la que en los países civilizados de Occidente se busca a través de la cultura burguesa y del espíritu, que es el mismo espíritu de los ascetas y de los yoguis. El fenómeno de los yoguis y el de los elegantes espiritualistas de Occidente desarrollado en determinadas circunstancias son enemigos mortales de los instintos en la misma medida. Figuraos las alteraciones biológicas que puede producir la coincidencia de ese espíritu de esencia religiosa y un instinto poderoso, pero reprimido, y que pugna por triunfar y desarrollarse, en una misma inclinación, en la inclinación erótica. En esta lucha se han puesto hasta hoy todas las leyes sociales y económicas del lado del espíritu. La religión rodea de nimbos irreales la boda, el nacimiento. La sociedad ha impuesto sus leyes que refrendan en muchos casos las de la Iglesia. No olvidemos que las leyes las hacen casi siempre hombres que necesitan prevenirse y prevenir a la clase social a la que sirven, adormeciendo o reprimiendo los instintos sanos del hombre del campo o de la fábrica con la religión, con la superstición de la cultura, de la civilización.

El espíritu ha sido hasta ahora el gran truco dialéctico de una clase social en alianza estrecha con las religiones. Con las religiones creadoras del espíritu, mediante el cual el hombre "fuera de sí", que podría readaptarse por la violenta rehabilitación de los instintos, se libera en el ensueño enfermizo hacia un dios que todo lo puede y que tiene barbas como él. En el amor, el espíritu es verdaderamente corruptor. El amor, tal como se entiende la pasión burguesa por la mujer complicada con la fatalidad, la muerte, el misterio, la evasión hacia lo divino, es una perversidad. Va empobreciendo los instintos. Ese género de amor lleva enfermos a las clínicas de nervios y a los sanatorios casi todos los días.

Cuando el individuo no ha padecido en la infancia y en la primera juventud la presión de lo espiritual, sus instintos se han desarrollado normalmente, con las solas inhibiciones impuestas por el respeto de sí mismo, que se adquiere en las relaciones con los demás, y por la acción de la razón natural que vela por la pureza del instinto mejor que un buen neurólogo. Sobre las inhibiciones naturales del instinto va plasmado el carácter sexual del individuo, que es un factor importante, aunque yo no creo que sea decisivo en la formación de la personalidad, como han comprobado investigadores muy agudos en estos últimos años—Yung y Adler—. En la perfección viril o femenina, ya el carácter se desenvuelve sin nuevas inhibiciones ni alienaciones. Si esas alienaciones subsisten en la madurez, es que el desarrollo del instinto erótico ha sido defectuoso. El instinto es poderoso, arrollador, motor decisivo de todos los movimientos fundamentales. Los sabios dicen que en circunstancias orgánicas normales, una vez aparecido, no se extingue ya por completo nunca. Pero yo creo que hay algo que puede acabar con el instinto. Por el espíritu, muchos hombres llegan en plena lucidez mental al suicidio. Por el espíritu anulan un instinto tan poderoso como el de conservación.

Sólo el amor que comience por una simpatía sexual recíproca, capaz de desarrollarse y cumplirse con la posesión en un plazo breve, sin el elemento corruptor del ensueño, sin la fusión de lo erótico con lo divino, será un amor completo, duradero. Reciprocidad de deseos en el instinto, de simpatía en el carácter. Esta simpatía produce, con la convivencia, la ternura, que resucita en la intimidad la inocente delicia de la primera infancia. La reciprocidad del deseo y la posesión normal refuerzan esa ternura, cuya aparición en el amor da a éste su plenitud—viril en el hombre y femenina en la mujer—por una especie de gratitud fisiológica que se profesan los instintos en pleno cumplimiento de su misión. Yo creo que estos elementos bastan para hacer feliz, risueña y duradera la vida amorosa de los amantes. La simpatía y la amistad, fruto del carácter. La ternura, grado de madurez afectiva que en la mujer se manifiesta espléndidamente con la maternidad; la gratitud fisiológica recíproca y los instintos en normal desarrollo son elementos a base de los cuales se puede esperar la tranquilidad, la alegría fecunda y la fidelidad, mucho mejor que a base de la embriaguez religiosa de un sueño refrendado por los mandamientos de la ley de Dios. En el amor, como en tantas otras cosas, hay que iniciar la guerra al espíritu. Basta con los instintos para recomenzar la creación de la sociedad. Hay que reconstruir al hombre por ese camino. Se podrá argüir que a ese paso se llegará a producir un hombre y una mujer fuertes y hermosos físicamente, pero animalizados. Que la gente andaría por la calle cantando y que se acer-

carían los desconocidos a olerse recíprocamente, bajo una sensación general de euforia. Aunque la primera de estas conclusiones, de orden simplemente estético, no puede hacer retroceder a nadie, y la segunda sería un simple fenómeno de cretinismo, es necesario recordar que a ese estado no se llegaría nunca, entre otras razones, porque la regresión del hombre hacia la simple animalidad es una contradicción biológica imposible de sostener. El hombre, cuando piensa en los instintos, se revela como el único animal que posee la conciencia del instinto. Las conquistas hechas en la técnica a lo largo del desarrollo de la adaptación de los instintos con los convenios de sociabilidad—defensa ante la naturaleza inorgánica, creación estética, rectificación, facilitación para el dominio—no las ha de abandonar nunca. Esas conquistas han determinado en el hombre grados superpuestos de perfeccionamiento en el hacer pensante, que es el principio de la especie, y no tolera ya la inercia, sino que está esclavizado a sus triunfos, eslabones de un progresivo desarrollo. Lo inerte es para la vida humana la animalidad sin conciencia. Mientras el hombre sea capaz de pensar en su propia animalidad, se salva de esa inercia de la vida orgánica. Es capaz de realizar poco a poco, sin religiones ni liberaciones morales por el espíritu, a través de sus instintos puros, las conclusiones a las que han querido llegar las religiones con supersticiones e infantiles engaños, creando la represión de todos los instintos, sobre todo del sexual, y produciendo ese amor burgués, religioso, metafísico, hipersensual, que es, sin duda, una de las plagas del decadente occidentalismo europeo.